

denados. Los jueces y sus oficiales eran instrumentos de la Corte. Desde la supresión de la antigua Carta municipal de la ciudad de Londres, apenas se contaba un solo acusado á quien el Gobierno deseara castigar y que fuese absuelto por el Jurado. Los rebeldes Prelados serían probablemente condenados á multas ruinosas y á larga prisión, y podrían darse por contentos si lograban rescatarse, sometiéndose, dentro y fuera del Parlamento, á los designios del Soberano (1).

El 27 de mayo se notificó á los Obispos que en 8 de junio tendrían que comparecer ante el Consejo privado presidido por el Rey. No hemos podido averiguar la causa de tan largo plazo. Tal vez Jacobo esperaba que algunos de los delincuentes, aterrados por la idea de incurrir en su desagrado, se sometiesen antes del día fijado para la lectura de la Declaración en sus diócesis, y en su deseo de congratularse con el Monarca tratasen de persuadir á sus subordinados á obedecer la orden del Rey. Si tal era su esperanza, el desengaño no pudo ser más completo. Llegó el domingo 8 de junio, y todas las parroquias de Inglaterra siguieron el ejemplo de la capital. Ya por este tiempo los Obispos de Norwich, Gloucester, Salisbury, Winchester y Exeter habían firmado copias de la petición en señal de estar conformes con ella. El Obispo de Worcester se había negado á distribuir la Declaración entre el clero de su diócesis. El Obispo de Hereford la había distribuído, pero se creía generalmente que estaba abrumado bajo el peso del remordimiento y la vergüenza por haber obrado así. De

(1) Barillon, mayo 24 (junio 3) y mayo 31 (junio 10), 1688; Citters, julio 1 (11); Adda, mayo 25 (junio 4), mayo 30 (junio 9) y junio 1 (11); Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 158.

cincuenta párrocos, ni uno cumplió la orden del Rey. En la gran diócesis de Chester, que comprende el condado de Lancaster, sólo tres clérigos se dejaron inducir por Cartwright á obedecer á Jacobo. En la diócesis de Norwich se cuentan muchos centenares de parroquias, de las cuales solamente en cuatro se dió lectura á la Declaración. El cortesano Obispo de Rochester no pudo vencer los escrúpulos del limosnero de Chatham, cuya subsistencia dependía del Gobierno. Aun se conserva una carta conmovedora que el honrado sacerdote envió al Secretario del Almirantazgo. «Yo no puedo, escribía, esperar la protección de Vuestro Honor. Hágase la voluntad de Dios. Debo preferir los sufrimientos al pecado» (1).

XLIII.

LOS OBISPOS ANTE EL CONSEJO PRIVADO.

En la tarde del 8 de junio los siete Prelados, bien advertidos por los más sabios abogados de Inglaterra, se dirigieron á Palacio y fueron introducidos en la cámara del Consejo. Su petición estaba sobre la mesa. Cogióla el Canciller, y mostrándosela al Arzobispo, le dijo: «¿Es éste el papel escrito por Vuestra Gracia, y que los seis Obispos aquí presentes entregaron á S. M.?» Sancroft miró el papel, y dirigiéndose al Rey, habló de esta manera: «Señor, yo vengo aquí en calidad de reo. Es la primera vez que tal me sucede, y bien lejos estaba yo de imaginar que había de verme en este caso. Menos

(1) Burnet, I, 740, *Vida de Prideaux*; Citters, junio 12 (22) y 15 (25), 1688; MS. de Tanner, *Vida y correspondencia de Pepys*.

aún podía ocurrírseme el ser acusado por algún delito contra mi Rey; pero ya que mi desgracia me coloca en tal situación, V. M. no se ofenderá si hago valer los derechos que la ley me concede, omitiendo cuanto pudiera perjudicarme.—Todo esto es pura sofistería, dijo el Rey. Espero que Vuestra Gracia no hará acción tan fea como negar su propia escritura.—Señor, dijo Lloyd, que había estudiado detenidamente los casuistas, todos los teólogos convienen en que una persona colocada en nuestra situación puede negarse á responder á tal pregunta.» El Rey, tan corto de entendimiento como arrebatado de carácter, no alcanzó á comprender lo que los Prelados querían decir. Insistió, y claramente se veía que la cólera se iba apoderando de él. «Señor, dijo el Arzobispo, yo no estoy obligado á acusarme. Sin embargo, si V. M. me ordena positivamente responder, obedeceré, en la constanza de que un Príncipe justo y generoso no permitirá que lo que yo diga en obediencia á sus órdenes, sirva de testimonio en contra mía.—No debéis capitular con vuestro Soberano, dijo el Canciller.—No, añadió el Rey, yo no daré semejante orden. Si negáis vuestra propia letra, nada más tengo que decir.»

Los Obispos fueron enviados repetidas veces á la antecámara y llamados nuevamente á la sala del Consejo. Por fin Jacobo les ordenó contestar de una manera categórica. No se comprometió expresamente á no emplear su confesión contra ellos. Pero los Obispos, como era natural, suponían que después de lo que había pasado, tal compromiso se comprendía implícitamente en la orden. Sancroft reconoció su letra, y sus colegas siguieron su ejemplo. Interrogóseles entonces acerca del significado de algunas palabras contenidas en la petición y sobre la carta que había circulado, produciendo tan gran efecto, en todo el reino; pero en el lenguaje de los acusados reinó tal

reserva, que no se consiguió nada con todas estas preguntas. El Canciller les dijo entonces que se procedería á información criminal contra ellos en el Tribunal del Banco del Rey, exigiéndoles suscribir desde luego la obligación de sujetarse á los trámites del proceso. Los Obispos se negaron, diciendo que eran Pares del reino, y según les habían dicho los mejores abogados de Westminster Hall, no se podía exigir á ningún lord que suscribiese una obligación para comparecer ante el Tribunal del Banco del Rey, y ellos no estaban dispuestos á renunciar á los privilegios de su clase. El Rey llevó el absurdo hasta considerar afrenta personal el que los Prelados, en una cuestión de derecho, hubieran tratado de ilustrarse y sometieran su conducta á la opinión de los legistas, y así les dijo: «Todos os merecen más crédito que yo.» Y en verdad se sentía grandemente mortificado y lleno de alarma, porque había ido tan lejos, que si ellos persistían no le quedaba otro recurso que enerrarlos en una prisión, y aunque en modo alguno era él capaz de prever todas las consecuencias de semejante paso, las que su inteligencia le presentaba, eran bastantes á inquietarle.

XLIV.

SON ENVIADOS Á LA TORRE.

Los Obispos se mostraron firmes y resueltos. Se ordenó al Gobernador de la Torre encargarse de su custodia, y se preparó una barca para hacerles atravesar el río (1). Sabíase en todo Londres que los Obispos

(1) Relación de Sancroft, impresa según el MS. de Tanner.

estaban ante el Consejo. Grande era la pública ansiedad. Una inmensa multitud llenaba los patios de Whitehall y todas las calles vecinas. Mucha gente acostumbraba á solazarse al anochecer, en los días de verano, respirando el aire fresco del Támesis. Pero aquella tarde todo el río estaba cubierto de esquifes. Cuando los siete Obispos aparecieron en medio de la guardia, el sentimiento del pueblo no pudo contenerse por más tiempo. Miles de personas se arrodillaron, y oraban en alta voz por los hombres que, con el cristiano valor de Ridley y Latimers, habían resistido á un tirano cuyo fanatismo competía con el de María. Otros entraban en el río, y con el agua y el fango hasta la cintura, imploraban la bendición de los santos Padres. En todo el río, desde Whitehall hasta el Puente de Londres, la falúa real pasó por entre una doble fila de botes, de los que continuamente salía el grito: ¡Dios bendiga á vuestras señorías! El Rey, lleno de alarma, mandó reforzar la guarnición de la Torre, que los guardias estuvieran sobre las armas y que de todos los regimientos del reino se destacasen dos compañías, enviándolas en seguida á Londres. Pero la fuerza en que confiaba para tener sujeto al pueblo, participaba ampliamente de todos los sentimientos populares. Los mismos centinelas que daban guardia en la Puerta de los Traidores, pidieron reverentemente la bendición á los mártires á quienes iban á custodiar. Era gobernador de la Torre sir Eduardo Hales, el cual no parecía muy inclinado á tratar á sus prisioneros con blandura, pues había apostatado de la Iglesia en cuya defensa ellos sufrían, y disfrutaba de varios empleos lucrativos por virtud de aquella prerrogativa de dispensa contra la cual ellos habían protestado. Supo con indignación que sus soldados estaban bebiendo á la salud de los

Obispos, y ordenó á los oficiales poner término á tal licencia; pero los oficiales volvieron á decirle que no había medio de impedirlo, y que en toda la guarnición no se brindaba sino por los Obispos. Y no fué sólo de esta manera como las tropas mostraron su reverencia á los Padres de la Iglesia. Hubo tal alarde de devoción en toda la Torre, que sacerdotes piadosos daban gracias á Dios por haber hecho salir el bien del mal y por hacer que la persecución de sus fieles siervos contribuyese á la salvación de muchas almas. Durante todo el día viéronse á las puertas de la prisión los coches y libreas de los primeros nobles de Inglaterra. Millares de espectadores más humildes cubrían constantemente Tower Hill (1). Pero entre las pruebas de público respeto y simpatía recibidas por los Prelados, hubo una que irritó y alarmó más al Rey que todas las restantes. Supo que una comisión de diez ministros disidentes había ido á la Torre. Mandó que cuatro compareciesen á su presencia, y él mismo les interrogó. Respondieron animosamente que consideraban de su deber dar al olvido antiguas contiendas y colocarse al lado de los que defendían la religión protestante (2).

XLV.

NACIMIENTO DEL PRETENDIENTE.

Apenas se habían cerrado las puertas de la Torre tras los prisioneros, cuando se efectuó un suceso que

(1) Burnet, I, 741; Citters, junio 8 (18) y 12 (22), 1688; Luttrell, *Diario*, junio 8; Evelyn, *Diario*; *Carta del Dr. Nalson á su esposa*, de 14 de junio, impresa del MS. de Tanner; Reresby, *Memorias*.

(2) *Memorias de Reresby*.

vino á aumentar la excitación pública. Habíase anunciado que hasta el mes de julio no sería el alumbramiento de la Reina; pero el día siguiente á aquel en que comparecieron los Obispos ante el Consejo, se observó que el Rey parecía algo inquieto acerca del estado de su esposa. Por la noche, sin embargo, la Reina estuvo jugando á las cartas en Whitehall hasta muy cerca de las doce. Entonces fué llevada en una silla de manos al Palacio de Saint James, donde se habían arreglado apresuradamente algunas habitaciones para ella. Muy pronto corrían en todas direcciones mensajeros en busca de médicos y sacerdotes, lores del Consejo y damas de honor. Á las pocas horas se habían reunido en las habitaciones de la Reina gran número de funcionarios públicos y damas de alto rango. Allí en la mañana del domingo 10 de junio, día que por largo tiempo miraron como sagrado los fieles partidarios de una mala causa, nació el más infortunado de todos los príncipes, destinado á vivir setenta y siete años errante en el destierro, acariciando vanos proyectos, recibiendo honores que mortifican más que los insultos, y alimentándose de esperanzas que lastiman y atormentan el corazón.

Las calamidades del pobre infante habían empezado antes de su nacimiento. El pueblo que, según el curso natural de la sucesión debía gobernar, no creía absolutamente que su madre estuviese en cinta. Y aun después de demostrar con todo linaje de pruebas el hecho de su nacimiento, una gran parte de la nación seguía obstinadamente creyendo que los jesuitas habían dado un hábil golpe de mano; y para mayor desgracia, los testimonios, parte por accidente, parte por grandísima negligencia, dejaban puerta abierta á algunas objeciones. Había en el regio dor-

itorio gran número de personas cuando el infante vió la primera luz, pero ninguno de los asistentes inspiraba absoluta confianza al pueblo. Entre los consejeros privados que se hallaban presentes, la mitad eran católicos, y los que se decían protestantes eran considerados generalmente como traidores á su patria y á su Dios. De las damas que había en la cámara, muchas eran francesas, italianas y portuguesas, y entre las inglesas, unas eran católicas y otras estaban casadas con católicos. Algunas personas que debieran haberse hallado presentes, y cuyo testimonio hubiera convencido á todo el que no se empeñase en cerrar los oídos á la razón, se hallaban ausentes, y de su ausencia el único responsable era el Rey. Entre todos los habitantes de la Isla, á quien más hondamente interesaba el suceso, era á la Princesa Ana. Su sexo y su experiencia la ponían en condiciones de vigilar por los derechos de su hermana y los suyos propios. Había llegado á concebir vehementes sospechas, que diariamente confirmaban circunstancias insignificantes ó imaginarias. Creía que la Reina cuidadosamente evitaba su vigilancia, y atribuía á algún plan criminal aquella reserva, que tal vez era efecto de delicadeza (1). De este modo, Ana había determinado hallarse presente y vigilar con gran diligencia cuando llegase el día crítico. Pero no había juzgado necesario hallarse en su puesto un mes antes del término ordinario, y por complacer, según se decía, á su padre había ido á tomar las aguas de Bath. Sancroft, á quien la dignidad de su cargo obligaba á asistir, y en cuya probidad ponía la nación entera confianza, había sido enviado por Jacobo algunas horas antes á

(1) *Correspondencia de Ana con Maria*, en Dalrymple; Clarendon, *Diario*, octubre 31, 1688.

la Torre. Los Hydes eran los naturales protectores de los derechos de ambas Princesas. El Embajador holandés podía considerarse como representante de Guillermo, el cual, en su calidad de primer Príncipe de la sangre y marido de la hija mayor del Rey, tenía grandísimo interés en el suceso. A Jacobo no se le ocurrió siquiera citar á ningún individuo, varón ó hembra, de la familia de Hyde, ni tampoco invitó á asistir al Embajador holandés. La posteridad ha absuelto plenamente al Rey del fraude que su pueblo le imputaba. Pero es imposible absolverle de torpeza y perversidad tales, que explican y excusan el error de sus contemporáneos. Sabía muy bien las sospechas que corrían entre la gente (1). No debía ignorar que aquellas sospechas no se dispararían con el testimonio de individuos de la Iglesia de Roma ó de personas que aunque se dijese individuos de la Iglesia anglicana, no habían vacilado en sacrificar los intereses de su Iglesia por tal de alcanzar el favor Real. Que el suceso le sorprendió cuando menos lo esperaba, es cierto, pero tuvo doce horas para hacer todos los preparativos. No le costó trabajo reunir en el palacio de Saint James una multitud de fanáticos y parásitos, cuya palabra no inspiraba la menor confianza á la nación. Lo mismo le hubiera costado procurar la asistencia de algunas personas eminentes, cuya adhesión á las Princesas y á la religión nacional era incuestionable.

Posteriormente, cuando ya había pagado bien caro su temerario desprecio de la opinión pública, era costumbre en Saint Germain excusarle de tal falta, echando á otros la culpa. Algunos jacobistas acusaban á Ana de haberse alejado de intento, y lo que

(1) Así resulta con toda claridad del *Diario* de Clarendon, octubre 31, 1688.

aun es más, decían con el mayor descaro que Sancroft había provocado al Rey para que lo enviase á la Torre, á fin de que faltase el único testimonio que debía confundir las calumnias de los descontentos (1). Vese palpablemente lo absurdo de tales acusaciones. ¿Cómo podían prever Ana ó Sancroft que los cálculos de la Reina habían de salir erróneos, nada menos que en un mes? Si aquellos cálculos hubieran sido exactos, Ana habría regresado de Bath, y Sancroft hubiera estado fuera de la Torre con tiempo de sobra para asistir al alumbramiento. De todos modos, los tíos maternos de las hijas del Rey no estaban fuera de Londres ni encerrados en una prisión. El mismo mensajero que avisó á toda la banda de renegados, Dover, Peterborough, Murray, Sunderland y Mulgrave, hubiera podido con igual facilidad haber avisado á Clarendon, pues, como los otros, era consejero privado, y su casa, situada en Jermyn Street, no distaba doscientas varas de la cámara de la Reina. Y, sin embargo, no supo nada de lo que pasaba hasta que la agitación y cuchicheos de los fieles le anunciaron, en la iglesia de Saint James, que su sobrina no era ya presunta heredera de la Corona (2). ¿Era causa de exclusión ser el más próximo pariente de las Princesas de Orange y Dinamarca? ¿O no se le llamó por su inalterable adhesión á la Iglesia anglicana?

La voz general de toda la nación era que se había cometido una impostura. Los católicos por espacio de algunos meses habían estado anunciando desde el púlpito y por medio de la prensa, en prosa y verso, en inglés y en latín, que Dios concedería un Príncipe de Gales, accediendo á las oraciones de la Iglesia, y

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 159, 160.

(2) Clarendon, *Diario*, junio 10, 1688.

actualmente veían cumplida su profecía. Habíase excluido estudiadamente todo testigo que no se dejara corromper ó engañar. Habíase burlado la vigilancia de Ana haciéndola ir á Bath. El Primado, precisamente la víspera del día fijado para la ejecución del fraude, había sido reducido á prisión á despecho de los preceptos de la ley y de los privilegios de los Lo-res. No se había permitido la presencia de un solo hombre ó mujer que tuviesen interés en descubrir el engaño. La Reina había sido conducida apresuradamente, y en medio de la noche, al Palacio de Saint James, porque aquel edificio, más á propósito para cualquier intriga que Whitehall, tenía habitaciones y pasajes secretos muy adecuados á los fines de los jesuitas. Allí, en medio de un círculo de fanáticos para quienes no era criminal cuanto tendiese á promover los intereses de su Iglesia, y de cortesanos que no consideraban criminal cuanto pudiese contribuir á su medro y prosperidad, habíase introducido un recién nacido en el lecho Real, de donde había pasado en triunfo de mano en mano, aclamándole todos heredero de los tres reinos. Exaltados por tales sospechas, sospechas injustas sin duda, pero no del todo infundadas, las gentes acudían con mayor entusiasmo que nunca á rendir homenaje á las santas víctimas del tirano, que, después de haber hecho sufrir al pueblo toda suerte de atropellos, había colmado la medida de sus iniquidades, atentando criminalmente contra los intereses de sus hijas (1).

(1) Johnstone da en muy pocas palabras un excelente resumen del estado de la opinión contra el Rey. «La generalidad del pueblo cree que todo esto es un engaño, lo cual demuestra el parto de la Reina antes de tiempo, el haber enviado fuera de Londres á la Princesa Ana, el no haber hecho venir á ninguno de la familia de Clarendon ni al Embajador holandés, la rapidez del suceso, los

El Príncipe de Orange, que no sospechaba nada de esto y no conocía el estado de la opinión pública en Inglaterra, mandó que se rezase en su propia capilla por su cuñadito, y envió á Zulestein á Londres, con misión especial de felicitar al Rey. El Embajador vió lleno de sorpresa que todas las gentes que encontraba le hablaban con gran exaltación de la infame impostura cometida por los jesuitas, y á cada momento veía nuevos pasquines acerca del embarazo y alumbramiento de la Reina. Escribió en seguida al Haya que ni la décima parte de los Ingleses creían que el infante fuese hijo de la Reina (1).

En tanto la conducta de los siete prelados aumentaba el interés excitado por su situación. En la tarde del *Viernes negro*, según se le llamaba, en que fueran enviados á la Torre, llegaron á la prisión justamente á la hora del divino servicio. Apresuráronse á entrar en la capilla, y casualmente en la segunda plática había estas palabras: «En todas las cosas debemos mostrarnos ministros de Dios: en la mucha paciencia, en las aflicciones, en las calamidades, en los desposos, en los encarcelamientos.» Todos los anglicanos celosos se felicitaban de esta coincidencia, y recordaban cuán gran consuelo había producido una coincidencia semejante, cerca de cuarenta años atrás al Rey Carlos I en el momento de su muerte.

En la tarde del otro día, sábado 9 de junio, se recibió una carta de Sunderland ordenando al capellán de la Torre leer la Declaración de indulgencia la mañana siguiente durante el servicio divino. Como

sermones, la confianza de los curas y el apresuramiento de todos.» Junio 13, 1688.

(1) Ronquillo, julio 26 (agosto 5). Añade Ronquillo que lo que decía Zulestein acerca del estado de la opinión pública era cierto.

el tiempo fijado en la orden del Consejo para la lectura en Londres había espirado mucho antes, esta medida del Gobierno puede considerarse solamente como un insulto personal á los venerables prisioneros, insulto de la índole más baja y pueril. El capellán se negó á obedecer. Fué destituido y se cerró la capilla (1).

XLVI.

LOS OBISPOS ANTE EL TRIBUNAL DEL BANCO DEL REY.

Los Obispos llenaban de edificación á cuantos se les acercaban, por la firmeza y alegría con que sobrellevaban el encierro, por la modestia y dulzura con que recibían los aplausos y bendiciones de toda la nación y por la lealtad que profesaban al perseguidor que intentaba su ruina. Permanecieron sólo una semana en la Torre. El viernes, 15 de junio, primer día de las sesiones judiciales, fueron llevados ante el Tribunal del Banco del Rey. Una inmensa multitud aguardaba su llegada. Desde el desembarcadero al Tribunal de Solicitudes caminaron por entre dos filas de espectadores que los bendecían y aplaudían. «*Amigos*, decían los prisioneros al pasar, *honrad al Rey, y no nos olvidéis en vuestras oraciones.*» Tan humildes y piadosas frases conmovieron á los oyentes hasta hacerles derramar lágrimas. Cuando, por fin, la procesión, atravesando la multitud, llegó á presencia de los jueces, el Fiscal general presentó la información que se le había man-

(1) Citters, junio 12 (22), 1688; Luttrell, *Diario*, junio 18.

dado preparar, y solicitó que se autorizase á los defensores á sostener la causa de los acusados. El abogado de los acusados objetó, por su parte, que los Obispos habían sido presos ilegalmente, y por tanto era contrario á la ley hacerles comparecer ante el Tribunal. Discutióse largamente si un Lord estaba obligado á suscribir una obligación de comparecer ante el Tribunal por sólo la acusación de libelista, decidiendo la mayoría de los jueces en favor de la Corona. Los prisioneros entonces trataron de negar la acusación. Fijóse el 29 de junio, precisamente á las dos semanas de aquel día, para la vista de la causa. Entretanto se les permitió salir, obligándose á comparecer aquel día ante el Tribunal. Los abogados de la Corona tuvieron la discreción de no exigirles fianza, porque Halifax había dispuesto que veintiún Lores temporales de los más considerados estuviesen prontos á responder por los Obispos, presentándose tres por cada uno, y tal manifestación de los sentimientos de la nobleza hubiera sido un golpe terrible para el Gobierno. Sabíase también que uno de los más opulentos comerciantes de la City había solicitado el honor de salir de fianza por Ken.

Permitióse, pues, á los Obispos retirarse á sus casas. El pueblo llano, que no comprendía la naturaleza del procedimiento legal llevado á cabo en el Banco del Rey, y que vió que sus favoritos habían venido custodiados á Westminster Hall y que ahora se les dejaba ir en libertad, imaginaron que esto era señal del triunfo de la buena causa. Oyéronse entusiastas aclamaciones, tocaban las campanas en señal de regocijo, y Sprat escuchó con sorpresa el alegre repique de las campanas de su Abadía, mandando que cesasen inmediatamente, si bien esta orden causó murmullos de desagrado. Los Obispos lograron con dificul-

tad escapar á la importuna multitud de sus partidarios. Lloyd fué detenido en el oratorio del Palacio de Justicia por un grupo de admiradores que se peleaban por tocar sus manos y besar el extremo de su sotana, hasta que Clarendon con alguna dificultad logró rescatarle, acompañándole á su casa por un camino apartado. Dícese que Cartwright tuvo la indiscreción de mezclarse entre la multitud. Uno de los circunstantes, que vió su hábito episcopal, imploró la bendición del Obispo, recibíendola en seguida. Un espectador le gritó: «¿Sabéis quién os ha bendecido?—*Ya lo creo* dijo el honrado con la bendición; *es uno de los siete*.—No, repuso el otro; *es el Obispo papista de Chester*.—*¡Perro papista!* exclamó el protestante furioso, *recoge otra vez tu bendición.*»

Era tal la multitud y tan grande la agitación, que el Embajador holandés se admiró de ver que terminase el día sin una revuelta. Durante este tiempo el Rey distaba mucho de estar tranquilo. A fin de hallarse pronto á reprimir cualquier disturbio, había pasado la mañana revistando algunos batallones de infantería en Hyde Park. Sin embargo, es completamente seguro que las tropas no le hubieran obedecido si hubiera necesitado sus servicios. Cuando Sancroft llegó á Lambeth por la tarde, encontró á los granaderos acuartelados en aquel distrito, reunidos ante la puerta de su palacio. Cubrían la carrera formados en dos filas, y al pasar por medio de ellos solicitaban su bendición. Costóle trabajo impedir que encendiesen una gran hoguera para celebrar su regreso. Sin embargo, aquella noche hubo muchas hogueras en señal de regocijo en la City. Dos católicos, que cometieron la indiscreción de pegar á unos chicos por unirse á estas pruebas de contento, fueron cogidos por la multitud, que los despojó de sus vestidos y los marcó de

una manera ignominiosa con un hierro candente (1).

Sir Eduardo Hales vino entonces á solicitar los honorarios de los que habían sido sus prisioneros, los cuales se negaron á pagar cantidad alguna por una detención que tenían por ilegal á un funcionario que, según sus principios, estaba incapacitado legalmente para el desempeño de todo empleo público. El Gobernador les dió á entender muy claramente que si volvían á caer en sus manos serían puestos entre pesados hierros y dormirían sobre la dura piedra. «*Estamos en desgracia con nuestro Rey, fué su respuesta, y muy hondamente lamentamos que tal suceda. Pero un súbdito como nosotros que se atreve á amenazarnos pierde lastimosamente el tiempo.*» Fácil es imaginar cuál debió ser la indignación del pueblo, excitado como ya se hallaba, al saber que un renegado de la fe protestante, que desempeñaba un empleo á despecho de las leyes fundamentales de Inglaterra, se había atrevido á amenazar á teólogos de venerable edad y dignidad con todos los rigores de la Torre del Lollard (2).

XLVII.

AGITACIÓN DEL ESPÍRITU PÚBLICO.

Antes que llegase el día fijado para juzgar á los Obispos, habíase extendido la agitación hasta los más apartados lugares de la Isla. Los Obispos recibieron cartas de Escocia asegurándoles la simpatía de los

(1) Para los acontecimientos de este día, véanse *Causas de Estado*; *Diario de Clarendon*; *Diario de Luttrell*; *Citters*, junio 15 (25); *Johnstone*, junio 18; *Revoluciones políticas*.

(2) *Johnstone*, junio 18, 1688; *Evelyn*, *Diario*, junio 29.

presbiterianos de aquel país que por tanto tiempo y por modo tan implacable habían combatido la jerarquía eclesiástica (1). El pueblo de Cornualles, raza orgullosa, atrevida y atlética, entre los cuales era más poderoso que en ninguna otra parte del reino el amor á las instituciones locales, se manifestó grandemente conmovido al tener noticia del peligro en que se hallaba Trelawney, á quien reverenciaban no tanto por ser jefe de la Iglesia como por ser cabeza de una familia ilustre y heredero de veinte generaciones de antepasados, famosos ya antes que los Normandos hubieran pisado el territorio inglés. En todo el Condado cantaban los paisanos una balada, cuyo estribillo aun se recuerda:

¿Y tendrá que morir Trelawney?
Entonces treinta mil mancebos de Cornualles
Sabrán por qué ha muerto.

Los mineros desde sus cavernas repetían la canción variándola ligeramente:

Entonces veinte mil que se hallan bajo tierra
Sabrán por qué ha muerto (2).

Los rusticos de diferentes partes del país manifestaban llenos de convicción una extraña esperanza que siempre había alentado en sus corazones. Su Duque protestante, su querido Monmouth, aparecería súbitamente, los llevaría á la victoria y arrojaría á sus plantas al Rey y á los jesuítas (3).

Los Ministros estaban asustados. Hasta el mismo Jeffrey hubiera retrocedido de muy buena gana.

(1) *MS. de Tanner.*

(2) Este hecho me ha sido comunicado de la manera más cortés por el Rdo. R. S. Hawker de Morwenstow, del país de Cornualles.

(3) Johnstone, junio 18, 1688.

Dió á Clarendon amistosos mensajes para los Obispos, y echaba á otros la culpa de la persecución que él mismo había recomendado. Sunderland se aventuró de nuevo á hablar en pro de las concesiones. El reciente y fausto nacimiento, decia, había dado al Rey excelente oportunidad de salir de una posición llena de peligros é inconvenientes, sin incurrir en la nota de timidez ó capricho. En tan faustas ocasiones se acostumbraba entre los Soberanos á regocijar los corazones de sus súbditos con actos de clemencia; y nada más ventajoso para el Príncipe de Gales que ser ya, cuando aun estaba en la cuna, el pacificador entre su padre y la agitada nación; pero el Rey estaba ya resuelto de antemano. *«Iré adelante, dijo; he hecho mal en mostrarme tan indulgente. La indulgencia causó la ruina de mi padre (1).*

XLVIII.

INQUIETUD DE SUNDERLAND.

Advirtió entonces el astuto Ministro que si antes se había seguido su consejo fuera tan solo por su conformidad con el carácter del Rey, y que desde el momento en que empezaba á aconsejar bien, aconsejaba en vano. Había dado algunas muestras de tibieza cuando el proceso contra Magdalene College. Recientemente había intentado convencer á Jacobo de que el plan de Tyrconnel, de confiscar las tierras de los colonos ingleses de Irlanda, era en extremo peligroso, y con ayuda de Powis y Bellasyse le había salido tan

(1) Adda, junio 29 (julio 9), 1688.

bien su propósito, que el Rey aplazó hasta otro año la ejecución del plan de Tyrconnel. Pero la timidez y los escrúpulos del Ministro habían engendrado disgustos y sospechas en el ánimo del Monarca (1). Era llegado el día del castigo. Hallábase ahora Sunderland en la misma situación que su rival Rochester algunos meses antes. Ambos estadistas, á su vez, pudieron experimentar lo efímero que es coger el poder con mano débil, y verlo deslizarse poco á poco de entre sus manos; ambos vieron sus consejos rechazados con desdén; ambos sufrieron la mortificación de leer el desagrado y desconfianza en el rostro y continente de su amo, y, sin embargo, ambos eran responsables, ante su país, de aquellos crímenes y errores de que en vano habían tratado de disuadirle. Mientras él sospechaba que el único afán de sus Ministros era ganar popularidad á expensas de su autoridad y decoro, la voz pública les acusaba de que su único afán era granjearse el favor Real á expensas de su propio honor y del bien del país. A pesar de esto, y á despecho de todas las mortificaciones y humillaciones, ambos se agarraron al poder como el náufrago se agarra á la tabla salvadora; ambos intentaron tener propicio al Rey, mostrándose deseosos de reconciliarse con su Iglesia. Pero había un punto donde Rochester estaba resuelto á detenerse. Llegó hasta el umbral de la apostasía, pero de allí no pasó; y el mundo, en consideración á la firmeza con que se negó á dar el último paso, le concedió amplia amnistía por todas sus complacencias anteriores. Sunderland, menos escrupuloso y menos sensible á la vergüenza, resolvió expiar

(1) La narración de Sunderland no merece, naturalmente, entero crédito; pero él invocaba el testimonio de Godolphin para lo sucedido respecto á la ley irlandesa del *Settlement*.

la moderación de los últimos tiempos y recobrar la confianza Real por medio de un acto que á toda inteligencia que conozca la importancia de los principios religiosos debe haber parecido uno de los crímenes más dignos de castigo, y que aun la gente despreocupada mira como el último extremo de bajeza. Cerca de una semana antes del día fijado para el gran juicio, se anunció públicamente que Sunderland se había hecho papista. El Rey hablaba con delicia del triunfo de la divina gracia. Cortesanos y embajadores trataban de conservar su seriedad cuando el renegado protestaba que desde hacía mucho tiempo estaba convencido de la imposibilidad de encontrar la salvación fuera de la comunión de Roma, y que su conciencia no le dejaba punto de reposo mientras no renunciase las herejías en que había sido educado. La nueva cundió rápidamente. En todos los cafés se refería que el primer Ministro de Inglaterra, descalzo y con una hacha encendida en la mano, había ido á la Real Capilla, y llamando humildemente á la puerta, solicitaba permiso para entrar; que entonces la voz de un sacerdote preguntó desde dentro quién era el que llamaba, á lo cual Sunderland había contestado que un pobre pecador que por mucho tiempo había andado errante lejos de la verdadera Iglesia, y ahora imploraba se le recibiese y absolviese; que entonces se abrieron las puertas, y el neófito fuera admitido á los santos misterios (1).

(1) Barillon, junio 21 (julio 1), junio 28 (julio 8), 1688; Adda, junio 29 (julio 9); Citters, junio 26 (julio 6); Johnstone, julio 2, 1688; *Los Conversos*, poema.